

1988

La semana política no comenzó el lunes sino el martes, cuando el General Pinochet provocó la más importante reorganización de su aparato de gobierno en los catorce años de su égida. Uno de los integrantes de la Junta militar, el General Matthei, habló del "gabinete de proyección", dando a entender que el nuevo equipo tendría a su cargo ni más ni menos que la tarea de la transición desde el interior del propio sistema implantado por las Fuerzas Armadas en septiembre de 1973. Junto a este acontecimiento en la cúpula político-armada del Estado, se produjeron al menos otros dos que afectarán profundamente al mundo de la oposición: en la Democracia Cristiana se fortaleció una tendencia favorable a la negociación con las fuerzas de centro y de izquierda y en la izquierda misma se fortaleció igualmente la posición de los sectores partidarios de una gran campaña por elecciones libres y directas, comenzando por un esfuerzo masivo tendiente a conseguir la inscripción del máximo de votantes en los registros electorales.

El reordenamiento ocurrido en palacio se interpretó como la decisión de Pinochet y sus asesores empeñados en prolongar su régimen hasta fines de siglo, de tomar firmemente en sus manos la cara "oficial" del gobierno y por lo tanto su relación con el mundo civil. Ricardo García, un elemento útil sobre todo en el período de "apertura" que culminó con la visita del Papa, parecía cada vez más proclive a presentar esta etapa del régimen como la antecesora de un gobierno de transición cercano a las preferencias ya estridentes de los tres miembros de la Junta ajenos a la rigidez y verticalidad del Ejército. Sergio Fernández

en cambio sigue siendo la imagen misma de un Pinochetismo fanático que estima muy distante el fin de ~~la~~ cruzada autoritaria destinada a la reorganización irreversible de la sociedad chilena.

EL ATENTADO COMO HITO

En muchos sentidos, tanto los acontecimientos al interior del bunker inescrutable que sigue siendo el sistema de Pinochet como las tendencias que apuntan en el ámbito centro izquierdista de la oposición son resultado de un fenómeno que prácticamente un año después se hace cada vez más claro : el atentado fallido contra Pinochet no fue un incidente más de esta agobiante historia de casi catorce años. El atentado fue un hito que marcó literalmente a fuego lo que vendría. De haber triunfado y tal vez a costa de un baño de sangre alucinante (la mayoría de los máximos dirigentes de la oposición piensan que la desaparición del dictador habría significado una "noche de los cuchillos largos" , con el asesinato de doscientas o trescientas primeras figuras opositoras) el sistema mismo, por su propia naturaleza autocrática, se habría desmoronado. Así ocurrió en España después de la ejecución por parte de la ETA del Almirante Carrero Blanco, un año antes de la propia desaparición de Franco, ya para entonces un verdadero fantasma que reinaba escasamente en su propio bunker del Pardo.

El atentado fracasó y el resultado inevitable fue el fortalecimiento de una figura que en agosto pasado lucía exhausta

y a punto de integrarse al panteón macabro y surrealista de los caudillos militares latinoamericanos. Para Pinochet y sobre todo para asesores como Sergio Fernández, tan admiradores de las técnicas de gobierno franquistas, no podía pasar desapercibido que la muestra de poder (primitiva y todo, como se verá) de la oposición armada era al mismo tiempo una señal de alerta y - por obra y gracia de su fracaso - la última oportunidad de Pinochet para aferrarse a su proyecto personalista y prolongar su período hasta 1997.

No es casualidad, pues, que un "español" como Fernández entre a dirigir esta etapa de la experiencia autoritaria chilena. En la mentalidad mesiánica de quienes rodean a Pinochet y le adulan hasta convencerle de su noción de que "Dios me puso arriba ..." el período post-atentado debe convertirse en la etapa de consolidación de un modelo de sociedad capaz de sobrevivir a la desaparición física del autócrata. Desde ahora hasta el 89 la dirección política del régimen estará estrictamente en manos de sus incondicionales, quienes deben hacer frente a un doble desafío: la actividad de una oposición que inevitablemente ganará fuerzas trabajando en un clima más político (campana pro-inscripciones y por elecciones libres y directas; el plebiscito mismo) que militar y sobre todo, la imperiosa necesidad de quebrar el distanciamiento de las ramas uniformadas ajenas al ejército.

DOS EXTREMOS, INEDITOS

El fracaso del atentado de septiembre de 1986 subrayó las fronteras que marcan rígidamente el espectro político chileno. Las dos han sido generadas por la violencia única en la historia del país con que las fuerzas armadas aplastaron un desafío, histórico también, de parte del movimiento popular al sistema político y económico imperante hasta 1970. Y las dos reacciones constituyen fenómenos absolutamente distintos a lo que fue la manera tradicional (gobiernos más o menos profundamente reformistas alternándose con experiencias relativamente conservadoras) de enfrentar las contradicciones de aquel sistema. Lo que la alianza opositora centro-derechista concibió en septiembre de 1973 como una intervención quirúrgica para restablecer los mecanismos de negociación limitados vigentes hasta el gobierno de Eduardo Frei se convirtió en un régimen brutal y personalista que suplantó con desprecio a los "señores políticos" que le abrieron el camino. Catorce años después, la derecha civil y republicana no consigue reorganizar un aparato político que había sobrevivido a todas las experiencias anteriores, desde la Independencia. La invasión del aparato del Estado por parte de los militares y la irrupción arrogante de personajes jóvenes y ultraconservadores como Cuadra y Fernández son elementos programados para sobrevivir a la égida autocrática de Pinochet.

La frontera izquierda de este nuevo mapa político chileno está marcada por un Partido Comunista resuelto a intentar -veinte años después - las experiencias de lucha armada que otros países

de América Latina conocieron en los primeros años sesenta. En Chile, los precursores fueron el Movimiento de Izquierda Revolucionaria a partir de 1965 y el Partido Socialista después de 1967. Protagonistas ambos de la lucha política y social desarrollada bajo reglas de juego democráticas cada vez más amplias, el MIR no pasó jamás de la etapa de movilización de sectores marginales y el PS desautorizó con su ingreso entusiasta a la Unidad Popular lo que había aprobado su Congreso de 1967. El PC denunció agresivamente ambas "desviaciones de izquierda" y mantuvo sin mayores fricciones internas su línea histórica de plena participación en la institucionalidad sindical y parlamentaria. Las dos crisis más severas de su trayectoria, desde la fundación en 1922, lucha contra un sector trotskista (años 30) y contra un sector pro-chino (años 60) fueron resueltas mediante expulsiones de los disidentes, siempre minoritarios.

La situación actual es para el PC chileno absolutamente inédita: su dirección aparece copada por los partidarios de mantener un aparato armado que impida para siempre ^{la repetición de} lo ocurrido en septiembre de 1973, cuando los comunistas, igual que el resto de la izquierda, ^{eran} demostraron estar indefensos frente a la arremetida militar. Esta actitud explicaría la táctica de apoyo a "todas las formas de lucha" que culminó en septiembre de 1987. Y explicaría también la torpeza y el estilo un tanto exhibicionista e improvisado de la intentona misma del Cajón del Maipo, como lo ^{señaló} ~~explicó~~ en un artículo lapidario en el diario La Epoca el especialista en cuestiones militares de la Izquierda Cristiana, Antonio Cavalla (ver recuadro).

UN DILEMA DESGARRADOR

Los antecedentes históricos chilenos no sirven para prever la forma en que el PC enfrentará la crisis más seria de ^{propia} su historia. Si la correlación de fuerzas al interior de su Comité Central y su dirección política está copada por los partidarios de apoyar "todas las formas de lucha" (es decir, el FPMR) no sería posible resolver mediante una resolución mayoritaria y el sistema del centralismo democrático el dilema de mantener el esfuerzo armado o retornar al "cauce histórico". El doloroso incidente de María Maluenda y su rebelión para apoyar la campaña de inscripciones en los registros electorales demostró que los "aparataistas" carecen del peso político necesario para expulsar a una militante dueña de todas las credenciales posibles en términos morales y de rigor militante. Por otro lado, el aislamiento creciente del PC en materia de iniciativas políticas no violentas quedó a la vista con la decisión de sus más fuertes aliados en el MDP y en la flamante Izquierda Unida (el PS Almeyda) de participar oficialmente en la campaña por inscripciones electorales masivas y elecciones directas y libres.

Ni el resto de la izquierda ni las fuerzas del centro pueden hallar motivos de regocijo en la crisis comunista. Otras experiencias históricas demuestran que situaciones similares han servido solo para debilitar al movimiento popular y al sistema democrático en su conjunto. Probablemente el caso que más debiera mover a reflexión a los dirigentes de más sólida

formación en el PC es el del comunismo venezolano. Fundado básicamente como gran fuerza sindical en el período inmediatamente posterior a la muerte del caudillo Juan Vicente Gómez (1936), el PC dió origen primero y tuvo siempre como rival más tarde, al más importante partido social demócrata latinoamericano: Acción Democrática. Juntos afrontaron la represión de la dictadura de Pérez Jiménez (1948-1958) y en la gran gesta democrática del 23 de enero de 1958, aparecieron como las dos fuerzas políticas dominantes. El PC controlaba una parte sustancial de los sindicatos obreros y era la primera fuerza en Caracas. Como resultado de la opción de derecha y pro-norteamericana del fundador de AD y primer Presidente Constitucional el período post-1958, Rómulo Betancourt, y cediendo a la "epidemia foquista" de inspiración cubana, los comunistas venezolanos organizaron el más importante aparato guerrillero rural y urbano que haya conocido América Latina después del triunfo de Fidel Castro. No solo convirtieron las FAN en un importante brazo armado de su alianza con sectores disidentes de Acción Democrática, con cierto control de algunas zonas campesinas. Tal vez lo más importante es que lograron penetrar con su mensaje revolucionario el cuerpo de oficiales del ejército regular. Este fenómeno culminó con el alzamiento de Puerto Cabello, sangrientamente aplastado por Betancourt y sus aliados del aparato militar.

FRACASO POLÍTICO

Pero el colapso del gran esfuerzo militar del PC venezolano se produjo, no como resultado del fracaso guerrillero

tanto urbano como rural. Sobrevino como resultado de una derrota política: en la campaña por la sucesión presidencial de Betancourt de 1963, la dirección comunista, copada por los "comandantes", lanzó como consigna la abstención. Y la subrayó con gestos impopulares e irracionales, como el asesinato de policías en las calles de Caracas o atentados con bombas en la capital que dejaron numerosas víctimas inocentes. Pasaron cinco traumáticos años en que Venezuela vio sacrificarse una generación entera de dirigentes universitarios y populares, hasta que el partido y el resto de sus aliados en las FARC se acogieron a la amnistía dictada por el Presidente Rafael Caldera en 1969. Para entonces, ya el PC era víctima de una crisis ideológica insuperable y algunos de sus mejores cuadros, como Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff, se marginaron para constituir en 1970 el Movimiento al Socialismo, MAS. Este se ha convertido, con una línea más próxima a Acción Democrática que al PC en la primera fuerza de la izquierda. Pero esa fuerza nunca ha superado la votación que el PC solo obtuvo en las elecciones parlamentarias de 1959. El propio PC, que ya escasamente alcanza el 1 por ciento de los votos, se acaba de dividir nuevamente.

De ahí la trágica sensación de "déja vu" que provoca la situación actual del PC chileno. Sus dirigentes "históricos" aparecen copados por esta concepción militarista de la lucha de masas que ya antes dio cuenta del MIR ^{y provocó la gran división del PS en 1979.} Por otro lado, una eventual decisión de renunciar formal e irrevocablemente a la opción aparatista debe parecerles una especie de traición a los cuadros

y militantes empujados a la opción militar como un mecanismo de autodefensa frente a la violencia implantada como sistema de gobierno por el régimen de Pinochet a partir de 1973. Tal vez la respuesta está en el artículo clásico de Antonio Gramsci que viene a decir que los partidos políticos (y no solo los PC) no viven de falsos orgullos históricos, sino de su capacidad para canalizar y representar el sentir nacional. (Ver recuadro). Es una lección que todos los grupos políticos herederos del viejo sistema de reformas y negociaciones democráticas chileno harían bien en repasar.
